

LA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA: VISIÓN Y REALIDAD *

LA UNIVERSIDAD HA SIDO la principal conservadora de las ideas y del conocimiento del hombre, en el transcurso de los siglos. Sus bibliotecas y museos han servido a estos propósitos y, en ellos, la universidad ha conservado la herencia intelectual de la humanidad, indispensable para la educación, y para el desenvolvimiento espiritual de los pueblos. Toda nueva adquisición, toda nueva creación, todo invento, es consecuencia de la ligazón interna y externa de hechos que proceden del conocimiento previamente acumulado y organizado.

La biblioteca universitaria ha tenido siempre grandes responsabilidades en el campo de la docencia, y en el ámbito de la investigación. Ha prestado estrecha colaboración al desenvolvimiento bibliotecológico: el sistema de tarjeta única, las tarjetas impresas, la publicación de sus catálogos y de publicaciones en serie, la cronología de sus manuscritos y la de diarios, el establecimiento de escuelas de bibliotecarios, el desarrollo de proyectos especiales, el libre acceso al libro, la aplicación de nuevos métodos en las tareas documentales y, finalmente, la participación de la biblioteca universitaria en los congresos internacionales.

Éstas son, en resumen, las tareas que tiene que resolver el bibliotecario universitario de nuestros días. La primera dificultad a que se enfrenta, radica en la falta de un análisis sistemático de los procedimientos de organización y de administración, esenciales a la solución adecuada de aquellos problemas. A pesar de la abundante información bibliotecológica de las publicaciones extranjeras, hay una gran necesidad de someter toda información a un examen sistemático, que haga posible poner al día las dificultades que surgen de los grandes cambios de la enseñanza y de la investigación.

El análisis crítico del trabajo bibliotecario, realizado por profesionales y por otras personas que no son de la profesión, obliga a los administradores de la biblioteca, a reevaluar constantemente los procedimientos técnicos y los servicios de lectura, sin olvidar el hecho de que, en muchos de los más importantes aspectos de la profe-

* Conferencia dictada el 15 de noviembre de 1967.

sión, los problemas son universales, y que éstos, se resuelven mejor en cooperación que individualmente.

Los problemas de la biblioteca universitaria no siempre han sido los mismos, han aumentado a medida que progresan los conocimientos, la organización, las operaciones técnicas, el uso de la biblioteca, la formación de bibliotecarios, la catalogación y la clasificación, la administración, la microfotografía, los edificios, etcétera. De aquí se deriva el carácter dinámico de la biblioteca universitaria que se mantiene al día, gracias a la ayuda que le proporciona el estudio sistemático de sus problemas, que evita se conserven vigentes prácticas inoperantes.

Con los nuevos progresos de la ciencia y el volumen informativo creciente, las bibliotecas universitarias evolucionaron rápidamente y pronto sus procedimientos tradicionales de catalogación y clasificación, resultaron deficientes a los usuarios.

Con tales exigencias, la biblioteca universitaria ha tenido que enfrentarse a problemas múltiples a lo largo de su existencia: desde la enseñanza latinista, enciclopédica, a la especializada, desde la colección privada, cedida por los maestros, al seminario, y desde la creación del libro de texto, a la abolición de él, en el nivel profesional.

Las limitaciones presupuestales a lo largo de la vida de la biblioteca universitaria, han dañado la eficacia de sus tareas. Por ejemplo, cuando se ha reducido el número de encabezamientos, en razón del crecimiento desmesurado de su catálogo.

Esta reducción del análisis del contenido de las obras, por una o por otra causa, ha empobrecido de tal manera los elementos de identificación de las mismas obras, que ha sido uno de los factores que ha originado la crisis en la consulta del catálogo de la biblioteca universitaria.

La reacción en contra de esta deficiencia, se impuso al crearse los centros de información, que operaron de otra manera, aunque fincados sobre los mismos principios bibliotecológicos. Estos organismos partieron de las necesidades mismas del investigador. Con este motivo, una corporación dedicada al desenvolvimiento de sistemas en el extranjero, compiló los estudios que se habían hecho sobre las necesidades del usuario, se recogieron alrededor de 500 trabajos y de ellos sólo 58 fueron considerados fidedignos; se concluyó que la mayor parte de estos estudios, consideraron al usuario

como un elemento independiente, y no como una parte integrante del sistema bibliotecario.

A pesar de estos resultados desfavorables para la biblioteca universitaria, es justo reconocer cómo las universidades han dado lugar a grandes bibliotecas de investigación, al establecimiento de bibliotecas especializadas en las diversas ramas del conocimiento, y cómo éstas han dado lugar a importantes colecciones de seminario, donde los estudiantes libre y ordenadamente tuvieron fácil acceso a los libros.

La biblioteca universitaria ha sido la forjadora de grandes figuras de la bibliotecología de todos los tiempos y la iniciadora de las grandes conquistas bibliotecarias, sin embargo, ya se ha planteado la interrogante, de cómo renovar los procedimientos técnicos de catalogación y de servicio a los usuarios, utilizados con buen éxito hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, en algunos sectores y, años después, en otros.

Repasemos, brevemente, cuáles han sido estos procedimientos: *La selección* se realiza mediante la revisión sistemática, por parte de los especialistas, de bibliografías comerciales y de otra índole. Esta etapa ha sido considerada siempre como fundamental para el enriquecimiento de la colección. Cuantitativamente establece el ritmo de crecimiento, cualitativamente determina la eficiencia del servicio.

La adquisición. Las rutinas de estas tareas son lentas, llenas de anotaciones y de registros.

La catalogación se efectúa por dos procedimientos, el descriptivo y el de selección de temas o encabezamientos de materia, en ambos casos se utilizan normas preestablecidas y listas previamente elaboradas.

La clasificación se lleva al cabo utilizando esquemas previamente trabajados.

El catálogo recibe por cada obra que se coloca en los depósitos, un juego de tarjetas correspondientes al autor, título, materia y alguna otra información (traductor, compilador, etcétera).

El catálogo diccionario así ordenado, corresponde al análisis técnico realizado en cada uno de los libros del acervo, mediante auxiliares previamente elaborados, y sólo en esta medida, podrá ser seleccionada la obra, por parte de los usuarios que consultan el catálogo. Pronto la universidad se dio cuenta que era insuficiente

este procedimiento, e ideó para resolver ese problema, el libre acceso al contenido de los volúmenes, esto es, estableció la estantería abierta, que permitiera al usuario, el contacto directo con el libro para su mejor utilización, pero aún subsistía otra deficiencia, la de la correcta colocación, en relación a los intereses del lector, ya que en muchos casos existe la posibilidad de varias clasificaciones para un mismo libro. Cuando el investigador se interesa por el trabajo que realiza la biblioteca en este aspecto, ha puesto de manifiesto su desacuerdo por la decisión tomada al establecer determinados encabezamientos de materia y de asignar determinado número, al clasificar el libro, lo que resulta lógico, si consideramos que a pesar de que se hace un análisis del contenido de la obra, dentro del proceso humano está sujeta a una serie de variaciones, por interpretación, por las diferencias individuales: en educación, experiencia y orientación psicológica del trabajador.

A pesar de los mejores esfuerzos de entrenamiento, la aplicación inadecuada de los encabezamientos invariablemente ocurre, entre el personal que utilice la misma lista. En consecuencia, la información queda dispersa y afecta, como es natural, los resultados de precisión y veracidad del sistema.

Otro factor que interviene en contra de la consistencia de un sistema, es el *tiempo*. Tiene un efecto adverso, en la significación de los términos aplicados, a una lista de encabezamientos. Como procesos dinámicos, el conocimiento y la lengua cambian, lo que ahora es preciso y claro, mañana puede ser confuso y hasta contradictorio. Para evitar esta situación se hace necesaria la revisión sistemática de los términos utilizados, el ajuste de los temas relacionados y la explicación de los arcaísmos del lenguaje, toda esta situación no ha pasado inadvertida al bibliotecario, son varios los estudios, los seminarios y trabajos de investigación que se han hecho en este sentido, pues ellos saben que las necesidades, los intereses y el material cambian con el tiempo, así que cualquier clasificación o lista de temas estará atrasada, desde el mismo momento de su publicación.

Cualquier representación jerárquica de temas es, generalmente, inadecuada para expresar la gran variedad de relaciones de interés y la naturaleza de la clasificación sistemática consiste en separar las partes de un todo, en subdividir los conceptos de manera que, sin proponérselo, muchas veces separa lo que sería preferible no dividir.

Como todos los sistemas de clasificación ideados por el hombre, aun los más fáciles de entender, como es el orden alfabético y crono-

lógico, son creaciones artificiales y, aunque para el autor de ellos sea la creación más natural, para el usuario no lo es. Así que, la tendencia natural de cualquier especialista, es la de organizar su campo de acuerdo con su propio interés y manera especial de ser, y de aquí nace la inconformidad de que hablábamos en un principio.

Aún no se ha inventado el sistema de clasificación que resuelva todas las necesidades potenciales de los usuarios, y aún no se ha podido evitar que cada especialista crea que es él, el único competente para clasificar el campo de su propia especialidad.

Es importante señalar que, cuando dos especialistas tratan de trabajar juntos en el cuadro jerárquico de temas de su especialidad, muy difícilmente llegan a coincidir.

Por otra parte, el contenido de los libros interfiere con cualquier sistema de clasificación, porque consta de varias categorías. Así resulta impráctico clasificar libros antiguos, en gran escala, pues tales expansiones y reconstrucciones son difíciles. Resultaría muy pobre y lleno de errores el trabajo de un clasificador, al aplicar un sistema de clasificación a temas complejos y extraños.

Con mucha frecuencia, la clasificación se determina por el propósito para el que fue escrito el libro, más que por el uso que se hará de él.

Las notaciones muy específicas dan, en ciertos sistemas de clasificación, notaciones muy extensas que resultan imprácticas para la biblioteca.

Debe hacerse hincapié, en que la ayuda que prestan los esquemas de clasificación a las bibliotecas consiste en facilitar la ubicación de los libros adquiridos para la colección, ordenados de manera que permitan al usuario encontrar, en un lugar determinado, libros que traten del mismo tema.

De esta manera, libros que el lector desearía ver juntos los encontrará juntos. Éste es un aspecto básico y crucial en la organización de cualquier sistema bibliotecario que tenga el propósito de reunir físicamente los libros con afinidad de contenido.

Como tradicionalmente la biblioteca ha sido considerada como una organización de servicios, nunca ha desarrollado un sistema de costos, aún en nuestros días pocas bibliotecas conocen el costo preciso de sus operaciones.

Esto no tiene mucha trascendencia cuando la demanda es limitada, y puede ser satisfecha con poco personal, pero cuando se trata de grandes centros de información, donde el equipo es muy complejo,

el asunto relativo a la operación económica y costos, se convierte en un problema de consideración.

El usuario de nuestros días tiene necesidades diferentes de las que tuvo a principio de siglo, y sólo después de la Segunda Guerra Mundial ha podido beneficiarse con las ventajas de las innovaciones puestas en práctica.

El primer intento por utilizar las computadoras para una biblioteca universitaria, se hizo en los años sesentas. Fue entonces cuando la biblioteca de la universidad pasó por la etapa de mayor innovación, desde que se establecieron sus principios rectores, en la segunda mitad del siglo pasado. Los grupos que originaron este nuevo sentido de la organización bibliotecaria, nacieron de la aplicación que hicieron de la computadora al campo de la bibliografía. Sin embargo, ha sido difícil para el bibliotecario entender las técnicas de la computación, y para los integrantes del equipo electrónico también ha sido dificultoso asimilarse a la bibliotecología.

En estas circunstancias, el logro mayor se obtiene mediante la mecanización de las técnicas ya existentes, una vez conocida la potencialidad de la biblioteca y de la computadora.

Al tratar de hacer compatibles ambas actividades, el primer problema que surge es el de la terminología. El bibliotecario está acostumbrado a hablar de ficheros, registros, listas y aun de pequeños informes anotados en papeletas, no así el individuo de las computadoras. Una causa más seria de confusión entre la tarea bibliotecaria y la de la computación, es todo aquello que representa la variedad de pequeñas operaciones, obvias para el bibliotecario y totalmente desconocidas para la computadora.

El experto en el campo de la computadora trabaja, no sin dificultades, sobre la base de un conocimiento general del problema de la eliminación de todo aquello que pueda congelarse en el sistema y de lo que pueda permanecer flexible con el propósito de explorar la reacción del usuario a los nuevos procedimientos a los que tiene que acostumbrarse, y de esta manera, conocer la adecuación de su proyecto. Por otra parte, es importante que el bibliotecario conozca la realidad de este aparato, que está lejos de hacer milagros y de sustituirlo, sin que él intervenga de una manera rutinaria en la aplicación de sus posibilidades a las tareas ordinarias de la biblioteca.

La práctica bibliotecaria es, fundamentalmente, registros de las unidades de su acervo y esto causa muchos problemas: los libros tienen que ser seleccionados, adquiridos, pagados, numerados, cata-

logados, clasificados, marcados, prestados, devueltos, reproducidos, encuadernados, reencuadernados, repuestos, descartados y su juego de tarjetas, intercalado en el catálogo para dar a conocer al usuario su existencia y contenido. La mayor parte de estas operaciones puede ser automatizada, con algunas combinaciones, con equipo moderno electrónico, para el manejo de la información; otras deberán ser automatizadas para dar mayor rapidez al ciclo principal de procesamiento, para reducir costos o aumentar la exposición del contenido de la biblioteca a sus usuarios.

Algunas bibliotecas universitarias del extranjero ya han iniciado este proceso de automatización con buen éxito, pero sin llegar al perfeccionamiento.

El problema está en determinar ¿en qué momento, en qué etapa y en qué tarea, conviene mecanizar la información?

La computadora consiste en una unidad central de procesamiento, donde tiene lugar la operación principal. Esta unidad está integrada por:

- a) un depósito relativamente pequeño de la memoria de alta velocidad,
- b) un conjunto de instrucciones de mando que contará, seleccionará y manipulará los registros que están en la memoria de alta velocidad y,
- c) un instrumento para almacenar el programa, esto es, las instrucciones necesarias para completar la tarea manual.

En adición a la unidad central de procesamiento, el centro de computación tendrá normalmente varios aparatos de equipo periférico, que son utilizados para trasladar la información, dentro y fuera de la unidad principal, de procesamientos y almacenar esa información, entre otras tareas, de manera que puede rápidamente ser conectada, cuando sea necesario, a la unidad principal de procesamiento.

La diferencia principal entre un centro computador y otro, generalmente está en la velocidad, tamaño y variedad de las unidades periféricas. La mayor parte de los centros hará uso de registros en cinta magnética, para el mecanismo principal de entrada y de salida de la información mecanizada.

Estos aparatos son capaces de almacenar más de un millón de caracteres. La capacidad de estos mecanismos y su alta velocidad

permite producir información rápida a precios relativamente bajos y a un alto nivel de disponibilidad.

Velocidad, consistencia y flexibilidad son atributos esenciales de esta clase de trabajos y, de ellos, el bibliotecario aprovecha, en primer lugar, su flexibilidad, que le permite hacer adiciones a las operaciones realizadas, como cuando se trata de elaborar el catálogo. Pero, a pesar de su gran velocidad y consistencia, este aparato se ve en la imposibilidad de corregir errores insertos, que no se han previsto por adelantado; esta situación lógicamente se acepta, por parte de quienes conocen tales aparatos pero, por ejemplo, los usuarios olvidan con frecuencia, que están tratando con un mecanismo carente en absoluto de juicio, les parece difícil aceptar que siendo capaz, la computadora de hacer un millón de operaciones matemáticas por segundo, sea incapaz de corregir una pequeña variante en la práctica media de la catalogación.

Visión, realidad y serenidad han de ser los atributos del bibliotecario que se interese por ofrecer a la biblioteca universitaria los beneficios de la computación, y contemplar, con cautela, la posibilidad de un cambio en los procesos convencionales, sin eliminar los nuevos sistemas indispensables para responder con eficacia al aumento explosivo de la grey estudiantil, al progresivo aumento de las publicaciones de toda índole y a las exigencias cada vez mayores, de la docencia y de la investigación.

Finalmente, existe ya la conciencia de que la biblioteca universitaria está transformándose, y que su sistema bibliotecario está modificándose, en razón directa a las necesidades antes señaladas; no sabemos cuánto tiempo necesitará para superar esta etapa experimental de renovación, ni en qué va a consistir, lo cierto es, que una vez establecidos los cambios, la biblioteca universitaria quedará en la posibilidad de responder con un porcentaje elevado de aciertos, a las necesidades de la universidad del futuro.

ALICIA PERALES DE MERCADO

Directora de la Biblioteca Central de la UNAM